

ESTAMPA

SOBRE EL ATENTADO PERSONAL

Francamente, no valía la pena de haber explotado el filón del esfuerzo particular y colectivo para dar a luz una hoja destinada a cantar loas y elogios desmedidos al atentado personal.

Como no vale la pena de querer vivir al día, cuando lo desechado por viejo e inútil intenta ponerse en moda de nuevo.

Esto no es más que un problema de responsabilidad, como otros muchos.

Si los que escriben tuvieran idea de la responsabilidad que al escribir contraen — sobre todo cuando se actúa de intérprete de un movimiento —, seguro que moderarían sus arrebatos literarios, que no son más que fanfarria y demagogia.

En nuestro movimiento hay muchos demagogos. Critan, amenazan — escribiendo —, publican manifiestos truculentísimos, auguran fieros males, se quieren comer la Osa Mayor. Demagogia y fanfarria. Son buenos camaradas, les anima una buena fe que no se puede discutir. Pero la excelente labor que tenaz y silenciosamente se va realizando, la estropean ellos con sus declamaciones aparatosas y perniciosas. Y esto no lo justifica la mayor buena fe del mundo!

Otra cosa que deben tener en cuenta los aficionados a escribir: el momento que se vive.

Quiéquiera que sea el que escriba, anarquista, comunista o de otro matiz, no puede preconizar el atentado personal como procedimiento de lucha revolucionaria. Y si alguno lo hace, es porque vive con cuarenta años de retraso y no puede, por tanto, percatarse de la realidad social en que nos desenvolvemos.

El atentado personal pasó a engrosar los recuerdos de la tradición revolucionaria. Cuando existen organizaciones donde encuadrar todas las actividades y aptitudes insurgentes con discernimiento y oportunidad, cuando el giro de los acontecimientos político-económicos lo derivan las masas de trabajadores organizados, cuando en la multitud existe un grado de conciencia revolucionaria, el atentado personal, no sólo destruye una labor orgánica valiosísima, sino que actúa de agente provocador.

Cada época produce sus modos.

Así como han desaparecido el mirriñaque y el polsón del atuendo femenino, así también han desaparecido muchas maneras y tácticas de lucha. Es inevitable y necesario. Obedece a la propia renovación natural de las cosas. Angiolillo y Morral fueron producto de su época.

Eliminando a Fulano o Mengano no se hace la revolución. Y nosotros lo que anhelamos es eso: la revolución, la transformación radical de la vida, y no la muerte de ningún personaje. Lo que interesa destruir vale más que la vida de cualquier figurón político. Un hombre no es nada. Un sistema lo es todo.

Por eso las odas al atentado personal escritas en periódicos que se deben a un movimiento orgánico con tácticas propias de probada bondad, le sientan a éste tan bien como a un Cristo un par de pistolas.

Perdátense de ello las Juventudes Libertarias y los inspiradores de otros periódicos discrecionales empeñados en matar con la pluma a todos los gobernantes habidos y por haber. Mediten un poco nada más, y se convencerán de que no escribimos por escribir. Decir en un fondo a doble columna: «Es necesario que en esta hora trágica de la historia de España, marque la pauta un nuevo Angiolillo», es decir sencillamente un despropósito — hijo quizá de un instante de fiebre y desesperación — que demuestra el retraso con que se vive.

Nosotros sabemos que nuestras Juventudes anarquistas y nuestros militantes no piensan como los periódicos a los que sin citar nos referimos. Lo sabemos y ello nos complace.

Pero aun sabiéndolo, eran menester estas líneas. Y ahí están.

OBSERVACIONES

Impugnando mitos

El Derecho — supremo mito universal — no sólo ha menester de la fuerza material para «nacer», sino también para imponerse y subsistir. ¿Qué es el Derecho, pues?

Por sí mismo, nada; con la fuerza, todo.

Acaso no depende la fuerza del Derecho del derecho de la fuerza?

Arcaica verdad ecuménica! Verdad mundial vetustísima!

Puede aservarse — asección que viene a equivaler a una síntesis netamente acrática — que, a pesar de las ampulosas teorías apologeticas de «lo jurídico», lo jurídico carece en absoluto de valor material incontrovertible.

El Derecho resulta tan artificial en su origen como en su vigencia positiva. ¿Qué duda cabe!

¿Se concebiría en una sociedad perfecta (ética y sentimentalmente perfecta); la necesidad ineludible del Derecho?

Allí en donde se consiga establecer una convivencia verdaderamente racional; es decir, allí en donde no se alienan ídolos, ni jerarquías ni amos; es decir, allí en donde el Comunismo Libertario impera, será un hecho la eliminación del derecho.

Y únicamente entonces tendrá efectividad inmarcescible la

libertad, la igualdad y la fraternidad; pero no esa fraternidad, ni esa igualdad, ni esa libertad con que enlamban, con que alucinan, con que seducen a candidas multitudes los faranduleros panegiristas, los histriónicos defensores de los regimenes democráticos, con cuyos nombres se enmascara el tradicional principio del Poder.

Precisamente por eso, exacta e irrefragablemente por eso, por tratarse como realmente se trata de un antitrueno archidañino, dañino en histórico grado sumo, es por lo que la anarquía rechaza y combate todas las formas de gobierno. ¡Absolutamente todas!

La anarquía proclama la solidaridad libertaria y consciente como única base y como alma exclusiva de una colectividad civil completamente exenta de tutelajes coercitivos; es decir, sin género alguno de resortes autoritarios.

Y así convivirán los hombres y los pueblos, cuando lleguen por fin a sentirse recíprocamente hermanos, sinceramente hermanos, definitiva e inquebrantablemente hermanos.

El amor humanísimo: eso es la anarquía!

FERNÁN P. MENDOZA

DIAS NEGROS DEL COMUNISMO FRANCES

Las consecuencias antiproletarias y antirrevolucionarias del pacto francorruso

Paris, mayo de 1935

(A. Soucy). El viaje del ministro francés de Relaciones Exteriores, Pierre Laval, a Rusia fue una marcha triunfal. La amistad franco-rusa nuevamente descubierta, fue regada con champaña. Los periodistas franceses ensalzaron hasta las nubes la nueva «élite» que ha dado en Rusia el régimen bolchevista. «Magnífica evolución — telegrafaron los representantes de la Prensa de París desde Moscú a sus diarios —. Lo mismo que en la época del zar. ¡Qué cambio ha experimentado Rusia desde el período del comunismo de guerra! La nueva «élite» en Rusia puede figurar en los salones como antes la aristocracia del zarismo.

Los bolchevistas saben guiar a los extranjeros. En los últimos quince años se ha desarrollado ese arte hasta el virtuosismo. Así, más de un escéptico, obligado por la amabilidad de su hospedero, hubo de ponerse a remolque del nuevo régimen. Laval ha debido sentir que las demostraciones exageradas de amistad en Moscú no serían del agrado de ciertos círculos de la Francia burguesa. No podía olvidar que la política exterior rusa tiene todavía dos tenazas en el fuego. Una es el partido comunista de Francia. Moscú no ha roto aún las relaciones con él. Es verdad que esas relaciones sólo existen en apariencia. Puesto ante la alternativa de elegir entre el proletariado francés y el Gobierno francés, el Gobierno ruso eligió éste, dejando a aquél en una posición desahogada. Pero la oposición nacionalista, los partidarios de la Cruz de fuego, los activistas y francistas identifican todavía la Rusia dictatorial de 1935 con la Rusia revolucionaria de 1917. Y sus antipodas comunistas de la Humanité hacen todo lo que pueden por justificar esa creencia. De esa Rusia no quiere saber nada el filisteo francés. Las últimas dudas para destacar el carácter nacionalista de la Rusia bolchevista, presentándola como foco de política nacional, como enemiga de todo «sentimentalismo» internacional, ha debido ser especialmente seductor para Laval. De conseguirlo daría un golpe mortal a sus contradictores comunistas en Aubervilliers, y toda la Francia nacional le habría aplaudido. Así pensó, y en ese sentido se puso a la obra. Y tuvo pleno éxito.

Como el Iván de Jerechow se presentó ante el zar con el pájaro de oro, así se presentó Laval, provisto de una declaración, ante Stalin y sus fieles. En el texto se decía:

«Stalin comprende y aprueba completamente la política de la defensa nacional que ha puesto en vigor Francia a fin de conservar su poder armado a la altura que exige su seguridad.»

Rápidamente tomó la pluma Stalin y firmó el comunicado que, aprobado por Litvinof y Molotov (quién habría podido dudar de ello), fue enviado a todo el mundo. Así recibió el señor Laval todas las garantías en la mano. El victorioso guerrero de la paz pudo volver con la cabeza en alto hacia la patria, sin mostrar en su corbata blanca el más insignificante punto rojo. Si por el pacto se había ganado a favor de Francia al ejército ruso, ahora había recibido el «enemigo interior», la oposición comunista de Francia, un sensible golpe. El papa comunista ha hablado los comunistas franceses deben defender las fronteras de la Francia imperialista con su cuerpo, con su sangre. Esa es la Realpolitik del comunismo internacional, precisa y dura. La Internacional comunista ha cesado de considerar a Francia como Estado imperialista. Los capitalistas franceses pueden sentirse felices. Su Prensa no ha pasado por alto esa circunstancia. Manifiesta su júbilo:

«L'Ami du Peuple, el órgano de la Acción francesa, publicó un dibujo que representaba una asamblea comunista. El orador comunista está allí y grita, levantando amenazador los puños: «Os digo, compañeros, el mariscal Pétain es un pobre gato en lo que a la defensa nacional se refiere.»

Fácilmente saltan sobre el papel las líneas del Tiempo: «Esa declaración, que ha comprometido a los jefes del partido comunista de Rusia y de la Internacional comunista formalmente, es, hay que comprenderlo, de capital importancia. Estrictamente la condena categorica de las maquinaciones antirrevolucionarias y antiproletarias por las que se intenta debilitar la defensa nacional de Francia.»

«Es el mismo Stalin — enseña el Echo de Paris — el que se levanta para rechazar la doctrina de los comunistas franceses. Moscú repudia oficialmente a sus partidarios del occidente de Europa. El Gobierno francés, al tener el valor para ello, puede ahora dedicar a los propagandistas del comunismo.»

No había regresado Laval a su patria, cuando ya el Molin le dedicaba el soneto:

«Este al menos es claro, y muestra que Pierre Laval ha sabido exponer como corresponde en Moscú el problema de la propaganda comunista en Francia. Stalin, que comprende y aprueba nuestra política, descalifica con su declaración completamente a los estipendiados del órgano soviético oficial en Francia, que no han cesado de injuriar al ejército y de combatir el servicio militar de dos años.»

El mérito de Laval, de haber movido a Stalin a tironear de las orejas a sus adeptos y correligionarios franceses, lo pone así de relieve el Petit Journal: «Se encontrará paradójico que ciertas gentes en Francia puedan apelarse de un ideal moscovita para hacer una viva propaganda contra nuestra defensa nacional, cuya intensificación para el mantenimiento de la paz es precisamente deseada por la Unión de los soviets. No fue tarea fácil arrancar la máscara hipócrita a ciertos agitadores que se cubren gustosamente con ella. Hay que agradecer al señor Laval el hecho de haber afrontado decididamente esa dificultad y de no haber retrocedido ante ella.»

Los socialdemócratas franceses hacen como si la declaración staliniana les hubiese contrariado poderosamente. En realidad se alegrarán hondamente y la reducirán la perspectiva de poder atraer a una parte de los miembros del partido comunista que se han quedado perplejos.

«Todavía no me he repuesto — dice Léon Blum, el jefe del partido socialdemócrata —, cuanto más reflexiono sobre ello, tanto menos puedo comprenderlo. ¿Cómo han podido poner su firma bajo ese comunicado los representantes del Gobierno soviético?»

«En 1924 — prosigue el redactor principal del Populaire socialdemócrata —, cuando la Rusia soviética fue reconocida por Francia, se comprometió, de acuerdo a la declaración un poco ambigua, a no intervenir en la política interior de Francia. Con el comunicado actual de Moscú, sin embargo, se ha verificado una intromisión en la política interior francesa, y una intromisión deseada por Laval y aprobada por Moscú. Stalin declaró que el Gobierno francés está en su derecho cuando organiza la defensa nacional. El que se opone al servicio militar de dos años en Francia, es descalificado públicamente por los mandatarios soviéticos, por Stalin, secretario general del partido comunista y jefe de la Internacional comunista. Así, se advierte, ya a la primera ojeada, que el acuerdo de Moscú es de incalculable importancia.»

«Los socialdemócratas franceses hacen como si la declaración staliniana les hubiese contrariado poderosamente. En realidad se alegrarán hondamente y la reducirán la perspectiva de poder atraer a una parte de los miembros del partido comunista que se han quedado perplejos.»

«Todavía no me he repuesto — dice Léon Blum, el jefe del partido socialdemócrata —, cuanto más reflexiono sobre ello, tanto menos puedo comprenderlo. ¿Cómo han podido poner su firma bajo ese comunicado los representantes del Gobierno soviético?»

«En 1924 — prosigue el redactor principal del Populaire socialdemócrata —, cuando la Rusia soviética fue reconocida por Francia, se comprometió, de acuerdo a la declaración un poco ambigua, a no intervenir en la política interior de Francia. Con el comunicado actual de Moscú, sin embargo, se ha verificado una intromisión en la política interior francesa, y una intromisión deseada por Laval y aprobada por Moscú. Stalin declaró que el Gobierno francés está en su derecho cuando organiza la defensa nacional. El que se opone al servicio militar de dos años en Francia, es descalificado públicamente por los mandatarios soviéticos, por Stalin, secretario general del partido comunista y jefe de la Internacional comunista. Así, se advierte, ya a la primera ojeada, que el acuerdo de Moscú es de incalculable importancia.»

ACTITUD DE LOS SOCIAL-DEMOCRATAS

«Los socialdemócratas franceses hacen como si la declaración staliniana les hubiese contrariado poderosamente. En realidad se alegrarán hondamente y la reducirán la perspectiva de poder atraer a una parte de los miembros del partido comunista que se han quedado perplejos.»

¿QUE DICE LA PRENSA COMUNISTA?

La Prensa comunista tuvo realmente un mal momento: hizo funcionar su primer cañón pesado, el ex capitán Vaillant-Couturier. Este se esforzó enormemente por rechazar los ataques. «No hay absoluta-

mente ninguna contradicción — escribió en un artículo de fondo — en el hecho que en la Unión de los soviets seamos partidarios del ejército y de la patria y en Francia sus enemigos. Los comunistas no condenan al ejército como tal. No desconocen el concepto de la patria. Pero los comunistas quieren conquistar para las masas obreras el derecho a su ejército, el derecho a su patria... Por eso queremos hacer del ejército francés supuestamente neutral un ejército rojo, un verdadero ejército popular. Sólo él y el poder proletario podrán ser los verdaderos aliados de la U. S. S. R. y la garantía definitiva de la paz... Por eso hemos combatido y combatiremos contra toda prolongación del servicio militar. Por eso nos rehusaremos a votar por los créditos de guerra. Por eso no reconocemos la mentira de la paz civil. (Pero Stalin la reconoce sin embargo para Francia, Soucy). Nosotros, los comunistas franceses, queremos el ejército rojo, pero contra la alta burguesía francesa, contra el fascismo, para la defensa de la paz, con los soldados franceses.»

«Esa respuesta de Vaillant-Couturier a los reproches de la Prensa burguesa es valiosa. Se defiende decididamente contra el reproche de ser un partido antipatriota. Hace coincidir el patriotismo con el poder. Nada de objetivos perturbadores para los trabajadores franceses. Pero las palabras de Stalin no corresponden al anhelo de una Francia comunista. Sin poesía y sin idealismo, habló de una Francia capitalista del presente. Esa Francia debe armarse para su defensa, y debe ser defendida por los comunistas franceses. La postergación de la defensa al día después de la conquista del Poder, es una escapatoria que Stalin, y con él la Internacional comunista, no admite. Aquel está la contradicción entre la política de Rusia y la oposición al armamento de Francia por parte de los comunistas franceses. Para su dicha, su representación parlamentaria no tiene influencia en la confección del presupuesto del ejército. Si fuesen un factor decisivo en el Parlamento, veríamos el precioso espectáculo de los comunistas franceses, fieles a Moscú, votando por los créditos militares en la Cámara francesa. Su debilidad les ahorra ese mal momento.»

Como todos los Estados dictatoriales, teme también Rusia una guerra con perspectivas de pérdida. Trata de amornar ese peligro de una derrota por las alianzas. Los partidos comunistas de todos los países, que giran en el círculo de la política nacional de la Unión soviética, han tenido que sacrificar por completo el reconocimiento de la fraternidad internacional del proletariado. Stalin exige de la sección francesa del Komintern la aprobación de la política del Estado Mayor del ejército francés. «Dos regimientos franceses harán una visita al ejército rojo en Rusia», notifica alegremente Vaillant-Couturier en L'Humanité. La solidaridad internacional del proletariado se ha reducido a la solidaridad del militarismo. Hace veinte años gritó Lenin en Zimmerwald: «¡Proletarios de todos los países, uníos!», hoy grita Stalin desde Moscú: «¡Generales franceses y rusos, asocios!»

«Como todos los Estados dictatoriales, teme también Rusia una guerra con perspectivas de pérdida. Trata de amornar ese peligro de una derrota por las alianzas. Los partidos comunistas de todos los países, que giran en el círculo de la política nacional de la Unión soviética, han tenido que sacrificar por completo el reconocimiento de la fraternidad internacional del proletariado. Stalin exige de la sección francesa del Komintern la aprobación de la política del Estado Mayor del ejército francés. «Dos regimientos franceses harán una visita al ejército rojo en Rusia», notifica alegremente Vaillant-Couturier en L'Humanité. La solidaridad internacional del proletariado se ha reducido a la solidaridad del militarismo. Hace veinte años gritó Lenin en Zimmerwald: «¡Proletarios de todos los países, uníos!», hoy grita Stalin desde Moscú: «¡Generales franceses y rusos, asocios!»

«Como todos los Estados dictatoriales, teme también Rusia una guerra con perspectivas de pérdida. Trata de amornar ese peligro de una derrota por las alianzas. Los partidos comunistas de todos los países, que giran en el círculo de la política nacional de la Unión soviética, han tenido que sacrificar por completo el reconocimiento de la fraternidad internacional del proletariado. Stalin exige de la sección francesa del Komintern la aprobación de la política del Estado Mayor del ejército francés. «Dos regimientos franceses harán una visita al ejército rojo en Rusia», notifica alegremente Vaillant-Couturier en L'Humanité. La solidaridad internacional del proletariado se ha reducido a la solidaridad del militarismo. Hace veinte años gritó Lenin en Zimmerwald: «¡Proletarios de todos los países, uníos!», hoy grita Stalin desde Moscú: «¡Generales franceses y rusos, asocios!»

Redoblemos la lucha por la libertad

Desde hace más de dos lustros la sociedad capitalista se debate en el caos más espantoso, sin poder encontrar, pese a todos los esfuerzos que realizan sus sostenedores, una salida que le permita volver al equilibrio de anteguerra.

Los Estados están cargados de deudas que no pueden pagar; los presupuestos para mantener en pie el colosal engranaje estatal son cada día más elevados; las poblaciones están recargadas de impuestos y gabelas que aumentan diariamente; la superproducción ha arrojado a la huelga forzada a millones de trabajadores; los salarios de los que pueden aún alquilar sus brazos o su inteligencia se han reducido en un porcentaje enorme y el costo de la vida se ha elevado en un cien por ciento.

Todo esto, sin contar la crisis de orden moral y espiritual que sufren los pueblos del llamado mundo civilizado, hace que filósofos, moralistas y sociólogos de todos los sectores políticos y revolucionarios hablen constantemente de la inminente caída del régimen actual.

La civilización burguesa, que se iniciara con la toma de la

Bastilla y la Declaración de los Derechos del hombre, dicen, toca a su fin; muerte irremisiblemente.

En efecto: los síntomas son de descomposición y de muerte. Pero ¿implica la muerte de la civilización actual, un paso adelante, una ascensión por el camino del progreso y de la libertad?

La historia de la civilización no es una línea recta que parte de la noche ancestral y llega a nuestros días en una ascensión continua. Es una línea sinuosa con altos y bajos que demuestran claramente que hay períodos de retroceso en el camino recorrido por la humanidad desde su prehistoria hasta el presente.

El régimen capitalista muere; la civilización burguesa toca a su fin; pero no creemos que de sus escombros ha de surgir por sí sola y por arte de magia la sociedad libre por la que luchó el hombre de aspiraciones vastas y sentimientos nobles desde las épocas más remotas.

La muerte del régimen capitalista y de la civilización burgue-

sa, podría ser a la postre más que una muerte real, una muerte aparente, un cambio de forma de la estructuración social que dejará en pie las prerrogativas de las clases privilegiadas o que creará nuevas clases y privilegios, como han hecho el fascismo o «capitalismo de Estados» y el comunismo ruso o «socialismo de Estado».

Debemos, en una palabra, estar alertas y redoblar nuestra acción libertaria, ya que la muerte del presente régimen de convivencia social no traerá aparejado forzosamente un mejor estado de cosas. Por el contrario, es muy probable que, si por falta de fuerzas o capacidad, por falta de táctica y por incompreensión del momento que vivimos, no intervinimos con decisión y energía en la lucha contra todas las fuerzas autoritarias, conservadoras y regresivas que están tomando por asalto las fortalezas del mundo que cae, nos veamos arrojados de nuevo en brazos del autoritarismo más desenfadado, que si no nos ha de aplastar definitivamente, imposibilitará nuestra acción y nuestra propaganda, retardando quizá por unos cuantos años el advenimiento de la sociedad a la que el hombre aspira llegar para vivir una vida más humana y por lo tanto más digna que la actual.

J. GIGARO

TOM MOONEY

OTRA VEZ FUERA DEL DERECHO QUE LA MISMA LEY LE CONCEDE

El juez Edward I. Butler, de la Corte Suprema de San Francisco, negó rotundamente una nueva apelación en esta ya larguísima y misteriosa causa seguida contra el hombre que, con perjurios amañados por el procurador de dicha Corte, fué sentenciado a muerte en 1916, acusándosele de un hecho del que ha demostrado, hasta la saciedad, su inocencia. Tom Mooney es la víctima de la trama urdida por los capitalistas de California.

El juez, al negar la apelación y negarse también a dar ninguna explicación, demuestra bien a las claras las influencias capitalistas que lo mediatizan. Los jueces reales hay que buscarlos en el gran capital del Estado Californiano.

Cuando las elecciones a Gobernadores, Senado nacional y altos cargos en las Cortes supremas, elecciones a las que se presentó Upton Sinclair, al obtener éste mayoría de votos en las preliminares, la Corte Suprema se apresuró a conceder amplia revisión del oscuro proceso seguido contra nuestro compañero.

Upton Sinclair perdió su candidatura. Meryan, el actual gobernador de California, maniobró para derrotar a éste. Hasta los muertos votaron. A los pocos días, la Corte Suprema de Washington negó la revisión, alegando que no había derecho a tal mientras no se hubiese apelado todos los recursos en el Estado de San Francisco. Pero la Corte Suprema de San Francisco hace 19 años que viene negando el derecho a un nuevo juicio, basándose en futilidades que no resisten la menor argumentación.

La justicia es así impávida y rígida. El caso Mooney constituye uno de los atropellos jurídicos más abominables que se recuerdan en los Estados Unidos. Los principales testigos de cargo se han hecho reos de haber jurado en falso, subyugados por el acusador de la Corte. Entre ellos se hallaba un traficante de ganado cuya declaración fué la piedra fundamental para dictar veredicto de culpabilidad. Este señor, después de 14 años, se ha presentado y ha declarado que había jurado en falso, comprobando con el registro en el hotel como el día de autos se hallaba a muchas millas de distancia, lo que se ha comprobado en forma indudable.

Sin embargo, Morgan, gobernador de California, se empeña por todos los medios en retener a este inocente. Téngase en cuenta que el gobernador de California es un cristiano al cien por ciento, amantado por los preceptos de la Iglesia.

R. LONG

IMPORTANTE

En la contrapaja de nuestra revista Tiempos Nuevos se ha deslizado un error que nos apresuramos a subsanar. Se anuncia la aparición semanal de Tiempos Nuevos al precio de 20 céntimos, y es necesario aclarar que Tiempos Nuevos aparecerá mensualmente, con el nuevo formato de los números 1 y 2 ya aparecidos, y al precio de 30 céntimos, a los agentes y paqueteros, 35 céntimos. LA ADMINISTRACION